tado tan miserable en que se hallaba, continuaba todavía dirigiendo los negocios que tenia pendientes y arreglando las cosas de la casa, como ordinariamente lo habia hecho.

Estaba, pues, el buen siervo de Dios reducido ya á no poder andar sino con muletas, y aun esto le causaba indecibles dolores y lo ponia á cada momento en riesgo de caer por no poder absolutamente aguantarlo sus piernas; por esto en el mes de Julio del mismo año de 1660 le rogaron con mucha instancia que se formase una capilla en el cuarto que estaba contiguo al suyo, para que así pudiera oir la misa sin tener necesidad de salir; pero nunca quiso él consentir en ello, dando por razon que no deben permitirse los oratorios particulares para celebrar en ellos misa, sino por una causa muy poderosa que él no encontraba en sus circunstancias. Entonces le rogaron que consintiese al menos en que se le hiciera un sillon para poderlo trasladar de su cuarto á la capilla de la enfermería, para que padeciese menos y no tuviese el riesgo de caer, en que todos los dias se veia cuando iba á oir misa; pero su humildad todavía encontró medios para eludir esta comodidad que le presentaban, hasta que al fin el mes de Agosto en que ya le fué imposible sostenerse con las muletas, consintió en que le hiciesen una silla que comenzó á servirle el dia de la Asuncion de la Vírgen, y continuó usándola por espacio de seis semanas hasta su muerte. Era para él una nueva afliccion el trabajo que daba á dos hermanos de la Congregacion que lo cargaban, y por esto nunca quiso que lo llevasen á otra parte mas que á la capilla que distaba unos treinta ó cuarenta pasos de su cuarto.

Si este venerable anciano no hubiera tenido otro mal sino el de verse obligado á permanecer por espacio de dos años sentado casi todo el dia sin poderse mover, particularmente en el último año de su vida, esto solo hubiera sido bastante para ejercitar en gran manera su paciencia; pero si se consideran los grandes dolores que continuamente le causaba la hinchazon de sus rodillas y las úlceras de sus pies, principalmente por la noche en que no encontraba ninguna postura ni lugar alguno en que estuviese con comodidad, fácilmente se conocerá que esta época de su vida fué para él un continuo martirio. Pero á mas de todo lo dicho, Dios permitió que le sobreviniese un nuevo padecimiento que lo hizo verdaderamente un hombre de dolores: fué este nuevo mal una retencion

de orina que tuvo el último año de su vida, y que le causó inesplicables dolores y mortificaciones, porque no podia ya levantarse ni servirse de ningun modo de sus piernas, y hasta el menor movimiento que queria hacer sirviéndose de un cordon grueso que habian colgado de una de las vigas del techo, le causaba agudísimos dolores, en medio de los cuales no se le oia otra queja mas que esta: *¡ Ah Salvador mio, buen Salvador mio!* ú otras palabras semejantes, que siempre proferia en tono de devocion, y fijando la vista en una pequeña cruz de madera en que estaba pintado Jesucristo crucificado, y que habia hecho que le pusiesen delante de la silla para su consuelo.

En medio de tantos dolores continuaba su vida austera, y no permitia que le pusiesen para acostarse un colchon; siempre sobre un mal jergon pasaba las cinco ó seis horas de la noche que se acostaba, no para buscar alivio en la postura, sino para encontrar en ella un nuevo padecimiento, porque la serosidad acre que durante el dia salia de sus piernas, con tal abundancia que algunas veces corria por el suelo, durante la noche se detenia entre los pliegues de las coyunturas de las rodillas, y le causaba una exacerbacion de dolores, cuya violencia lo consumia poco á poco.

Así es que todos los dias se encontraba mas débil; pero no por esto queria abandonar ni un solo momento el cuidado de su Congregacion, ni el de las instituciones que dirigia, ni demas negocios de que estaba encargado: enviaba algunos sacerdotes á donde él no podia ir, diciéndoles lo que habian de decir y el modo como debian portarse; recibia un gran número de cartas, las leia todas, y á todas contestaba. Reunia muchas veces á los empleados de su casa, y les hablaba á todos, ó á cada uno en particular, segun lo exigia la necesidad, informábase del estado de los negocios, y en compañía de ellos deliberaba; á todo atendia, y daba todas las órdenes necesarias; enviaba misioneros para que trabajasen en las misiones, y los reunia antes para hablarles sobre el modo de hacerlas con mayor utilidad.

En fin, por tantos esfuerzos para obrar y padecer, llegó su naturaleza á debilitarse tanto, que ya no podia hablar sino con sumo trabajo; y sin embargo, en medio de este abatimiento del cuerpo y del espíritu, hacia exhortaciones que duraban media hora

ó algo mas, con tal vigor y gracia, que dejaba admirados á cuantos le escuchaban; y estos han asegurado que nunca lo habian oido hablar con tanto ardor y tanta energía. Pero lo que mas se debe admirar es que entre tantas angustias, tan largas y tan molestas, siempre presentaba á las personas que lo veian un semblante tranquilo y risueño, y dirigia palabras afables como si gozase una perfecta salud: si alguno le preguntaba por el estado de sus males, contestaba como si se tratara de una cosa que no merecia ninguna consideracion, y solia decir que todo aquello podria reputarse como nada en comparacion de los tormentos que sin merecer habia padecido Jesucristo, mientras que él merecia mayores que los del Hijo de Dios; y de este modo eludia las respuestas que tenian relacion con su estado, y trataba de compadecer los males del que le hablaba, si de estos se trataba, haciendo mas caso de ellos que de sus propios dolores.

CAPITULO XLI.

Cómo se preparó Vicente para morir.

Veiase Vicente lo mismo que los demas lo veian, cada dia mas y mas cerca de su última hora, pero con diferentes sentimientos, porque estos sentian grave pesadumbre por su separacion, mientras que aquel santo viejo, cual otro Simeon, esperaba con gozo su última hora, manifestando á todos un semblante muy tranquilo: preparábase sufriendo alegremente con espíritu de penitencia y de humildad para pasar á la vida en que esperaba poseer á Dios, invocándolo de corazon y uniéndose interiormente á él por medio de una perfecta conformidad en su voluntad divina, y poniendo en las manos del Señor su cuerpo y su alma para que dispusiese de él segun su agrado divino tanto en esta vida como en la eternidad. Fué toda su vida una continua preparacion para morir bien; y la práctica de las virtudes, sus ejercicios de caridad en que habia ocupado todos sus dias, fueron otros tantos pasos para llegar con bendicion al último periodo de su vida; pero no contento con esta preparacion general,

desde mucho tiempo antes hizo una disposicion particular, rezando todos los dias, despues de dar gracias al fin de la misa, las oraciones para los agonizantes y las que se usan para encomendar el alma.

No solo tenia este piadoso ejercicio por las mañanas, sino tambien por las noches, lo que por una rara casualidad se supo del modo siguiente. Poco tiempo antes de su muerte, escribiendo un sacerdote de la casa de San Lázaro á otro que se hallaba ausente, le decia entre otras cosas, que le quedaba poco tiempo de vida á Vicente, y que ya habia muchas señales de que iban á perderlo pronto; sin reflecionar en lo que habia escrito, llevó despues á Vicente esta carta para que la leyese conforme á las reglas de la Congregacion. Nuestro Vicente cogió la carta y le dijo que la leeria con gusto, como en efecto lo hizo; y fijando la atencion en las palabras que hablaban de su próxima muerte, comenzó á discurrir dentro de sí por qué razon este sacerdote habia escrito eso en una carta que debia leer. Cualquiera otro hubiera calificado de imprudencia este acto; pero Vicente creyó que tal vez aquel sacerdote habia querido hacerle un servicio advirtiéndole que le faltaba poco para morir; y discurriendo aun mas, le hizo temer su humildad el que hubiese dado algun motivo á este sacerdote para hacerle tal advertencia; mas no podia caer en cuenta de cómo pudiese haber sido aquello. Con el fin de indagar cuál era esta supuesta causa de escándalo, envió á llamar al dicho sacerdote, y dándole las gracias por su advertencia, le rogó que le dijera que si habia notado en él alguna otra falta, se la advirtiese con la misma caridad; á lo que contestándole el sacerdote que en él no habia notado ninguna, le replicó Vicente en estos términos: «Por lo que toca á esta advertencia «que tanto he agradecido que me hayais hecho, os diré simple«mente que Dios me ha concedido la gracia de que haya sido inútil; «y si os lo digo es por no causaros escándolo no viéndome hacer «alguna preparacion particular para morir. Hace diez y ocho años «que tengo la costumbre de no acostarme sin disponerme para mo«rir en la misma noche."

Manifestó el buen sacerdote á Vicente, que no habia tenido intencion de hacerle ninguna advertencia, y que le habia entregado la carta sin pensar en su contenido, lo que él mismo al re-